

olivia benavente

madre querida, no quiero ser como tú

Me quedo mirando tus manos manchadas, entumecidas, y tu rostro de anciana, con los ojos empequeñecidos por párpados de cansancio y me pregunto con quién estaré hablando. ¿A quién puedo interpelar después de tantos años? ¿Cómo puedo hablar contigo ahora (ahora que me enterneces porque te asusta todavía que resucite a Lázaro Cárdenas "¡ese comunista!", y porque te altera la muerte de Gloria Swanson —¿quién sería?—), si lo que quiero es hablar con la que fuiste? Esa mujer alta, altísima, inaccesible, ángel de mis vigiliass y demonio de mis noches horribles. Ven, no te vayas, es el tiempo el que nos hace la mala jugada. Tengo tanto que decirte, que agradecer, que reprochar, que escupir. ¿A quién se lo digo, dime? Ya te has ido, aunque puedo tocar tu piel envejecida y sonreír frente a tu sonrisa un poco ausente. Parece que así nos quedamos todos, con los hilos revueltos, hechos nudo, de nuestras iras y cariños y culpas en las manos, para tejer y destejer las tramas abruptas de nuestras vidas.

Necesito hablar contigo, ¿ya ves por qué? Porque te traigo aquí dentro y eres la voz del regaño y la voz del consuelo y, la verdad, no sé si eres mi bendición o mi maldición; lo que siento es que tengo las manos atadas por los hilos quebrados y revueltos y, dime, ¿no podrías ser tú la que me ayude a desatarlos ahora? Aho-

ra, ahora es demasiado tarde. Cuando me atrevo a decir algo de aquello que fue, de todos los años en que me forjaste a tu imagen y semejanza, rehúyes mi mirada, te escondes detrás de una persignación y me dejas a costas todas nuestras furias y risas y complicidades. Me las dejas a mí, para cargar con ellas sola. Pero te veo tan desvalida, si lo único que quieres de mí ahora es que te dé una de mis tardes y que escuche con paciencia que me cuentes del jardinero y de tu vesícula y del calentador que ya no calienta.

Está bien, madre, lo llevaré yo sola, porque supongo que así es, porque sé que me dirías —clarísimo— que tú todo lo llevaste sola, que fue tu calvario, como el de todas, y que ahora me toca llevar el mío. Pues ¡no! Esta vez yo protesto, en voz alta y a todos los vientos, y no me cansaré nunca de interrogarte aunque no haga más que hablar conmigo misma.

¿Ves? esto es lo nuevo: yo no acepto, ni quiero callarlo. Es injusto, me parece injusto que me hagas cargar con tus errores y tus terrores. Tengo los míos; me bastan. ¿O me tuviste acaso para descargar en mí tu debilidad? A veces, fijate, pienso que así fue. Oh, blasfemia, blasfemia, ya te oigo gritar por los corredores; ya te oigo acusarme con las tías y los tíos, ¡blasfemia, se atreve a juzgar a su madre! Pues sí, mamá, pero cálmate, no es para tanto, sobre todo, no te asustes, no te asustes.

Un día lleno de sol, así me lo pareció a mí, cuando tenía unos ocho años, me atravesó de pronto una idea que me dejó engarrotada, así, como en el juego. Empezaba con "mis padres son ma-



ravillosos" y seguía "qué maravilla que mis padres sean mis padres" y "qué terrible hubiera sido tener otros padres". Quedé transfigurada, allí, en el segundo escalón de la cocina y desde ese día viví alumbrada, o quizá, más bien, encandilada con la idea de que amaba a mis padres y que, como tanto me habían repetido los padrecitos y las madrecitas del catecismo, les debía un respeto y una obediencia infinitos. Yo no lo sabía entonces, pero la luz es la que crea las sombras y desde ese día empecé sin quererlo, a medirte. Hacía lo mismo conmigo misma porque estaba empeñada en irme al cielo, pero te medía a ti también, y quizá con más ahínco.

Yo no podía entender lo que te sucedía; yo sólo podía medir lo que a mí me concernía. Yo no entendía tus gritos injustificados y tus reacciones volubles entre consentimiento y tregaña. Qué difícil fue aceptar que a veces mentías; pero peor, darme cuenta de que mentías para exonerarte, aunque acusaras, falsamente, a mi hermano. "Fue Armando el que le dio ese golpe al coche", le dijiste a mi padre un día, y yo te había visto. Qué miedo le tenías. Entraba mi padre al cuarto y el aire se congelaba. Todo tenía que hacerse como él decía. Y qué angustia sentir, cada día, que tenía una que resistir paso a paso esa tiranía. "Cómete esa papa, ¿me oyes? Te he dicho que te hace bien", decía con su voz de ultratumba desde la cabecera de la mesa. Y a veces te quedabas como una tumba, parecías un fantasma por la casa. Y otras te erguías y le decías que no, que no debía de llevar a Armando a nadar si tenía catarro, y se armaban entonces las tormentas.

Nunca olvidaré la noche oscurísima en que mi abuelo te trajo a la casa. Habías desaparecido ese día y mis hermanos y yo vagábamos por los cuartos sintiendo que no había aire que respirar, que nos ahogábamos sin saber por qué. Mi padre trajo un cerrajero para cambiar la chapa de la puerta y por eso en la noche mi abuelo tuvo que tocar el timbre hasta hacernos volver locos, y patear la puerta y al fin le abrió mi padre. Las voces gritaban que no podía echar de su casa a su esposa, a la madre de sus hijos; tus sollozos diciendo "déjenme ir" y mi padre vociferando cosas que, aún ahora, no quiero recordar. No supe si me dormí o me desmayé; la cama estaba toda vomitada al día siguiente. En nuestra casa nunca se decía nada. Todo siguió con la tirantez habitual. Y hubo otras veces. Pero para mí, tú te habías hecho añicos.

Viendo hacia atrás, qué duro debe haber sido para ti sufrir la humillación y, además, sentirte juzgada, reprochada por mí y por mis hermanos. La rabia que sentí, y sientó, no sé si fue por ti o por mí. Por ambas, quizá, sin saber quién era quién. Y pensé, lo recuerdo, con esos pensamientos infantiles tan crueles,

pensé que eras como un animalito que se pasa de casa en casa. No poseías nada, no eras propietaria de nada. La casa era de mi padre, el coche era de mi padre y le tenías que rogar a veces para que te diera dinero. ¿Por qué, por qué tanta humillación? Y lo respondiste una vez, un día de "valle de lágrimas" en que nos dijiste "Por ustedes, hijos, le aguanto todo a su padre". Hoy me suena a telenovela (lo siento, he decidido ser sincera), y me pregunto si lo aprendiste en las radionovelas. Tu valor y tu justificación, la razón de tu vida: tus hijos, y, también, déjame decirlo: la disculpa para tu cobardía. Y es que yo no quiero ser cobarde, ves, y necesito enfrentar tu cobardía para librarme de la mía.

Tu cobardía fue haberte dejado humillar, haber dejado que te negaran conciencia, experiencia, juicios, pero, sobre todo, fue no haber asumido la injusticia de tu vida. ¿No fue más cómodo usarnos de escudo que enfrentar la terrible infelicidad de tu "hogar"? Ya sé lo que me dirás, porque lo he oído en tantas madres dolorosas: "Y ¿qué querías que hiciera, hija? No había estudiado, no sabía hacer nada. ¿En qué iba a trabajar? No iba a dejarlos morir de hambre." Deja ese tono dramático, madre; también has dicho que mi padre no hubiera dejado que nos llevaras contigo. Lo sabías bien, dejar a mi padre habría significado dejar a tus hijos. Y lo saben todas, que en un país de leyes de machos, es el macho el que se queda con los hijos porque compra a los jueces machos. Pero tú lo sabías y todas lo saben, ¿por qué entonces se han quedado calladas, asumiendo el dolor, escondiendo el rostro en el llanto? Y a mí no me vale ya que me digas, como tantas veces, "Dios dijo. . ." porque al único que oigo hablar es al sacerdote, que habla frente a las mujeres arrodilladas, humilladas y penitentes. Dios no vive en la tierra, y nosotras sí.

Por eso yo quiero protestar, por todo lo que ustedes no quisieron o no pudieron protestar. Porque vivo en esta tierra y no estoy dispuesta a aceptar humillaciones. Porque no quiero ser una sombra a mi paso por ella. Porque no quiero que el matrimonio sea una tumba ni mis hijos ataduras. Porque quiero amar y para eso necesito estar entera. Necesito tener experiencias y tener ideas, para tener algo que darle al hombre a quien amo y a mis hijos. Para eso, necesito también confrontar mi rabia. ¿Lo ves, madre? por eso necesitaba hablar contigo. Pero tú nunca me habrías dejado aceptar mi ira. Te asusta porque tampoco conoces la tuya. La tienes sofocada y sólo te la noto yo, en la tristeza de tus ojos. Ese melodrama de tus días es tu humillación contenida.

Ahora podrías entender, si me escucharas, por qué necesitamos compartir la rabia, la de ambas y la de todas. Y podrías comprender, madre querida, por qué no quiero ser como tú. **J**